

PANORAMA

3

¿VAMOS HACIA EL COMUNISMO?

Debate condensado de "The Forum", New York.

I. AMERICA RECHAZA EL COMUNISMO

Por Everett Dean Martin

PUEDE conocerse a un hombre por los dilemas que se plantea. Los comunistas creen que el pueblo norteamericano debe decidir si su nación ha de hacerse comunista o fascista. Lo que equivaldría a preguntar a un hombre sencillo dónde prefiere ver transcurrir su vida, si en Pekín o en Estocolmo, pues es un dilema basado en dos falacias; supone, en primer lugar, que la democracia liberal es ya cosa muerta, y, en segundo, que existe entre el comunismo y el fascismo una diferencia real y efectiva.

La diferencia existente entre comunistas y fascistas es meramente accidental. Ambos sustentan en común, tres principios, los tres tan destructores, que nada significa, en realidad, el que lleguen a ser puestos en vigor por un partido o por otro. Estos postulados son: 1, la revolución; 2, la dictadura; 3, el Estado corporativo.

Tanto el fascismo como el comunismo son movimientos revolucionarios. Ambos sostienen que las formas de gobierno constitucional deben ser destruídas. Ambos claman por la violencia, y ven en ella el medio adecuado para instaurar el dominio de un grupo minoritario. Ambos sostienen que el terrorismo se justifica plenamente, pues afirman que el partido revolucionario es el único que en verdad representa a las masas. Los fascistas prefieren dar a las masas el nombre de "nación"; los comunistas el de "proletariado".

Pero comunistas y fascistas están conformes en exterminar a los liberales burgueses.

Los comunistas quisieran convencernos de que la dictadura fascista es la de los reaccionarios del capitalismo, en tanto que la de los comunistas es la dictadura de todos los trabajadores. Una y otra tesis carecen en absoluto de realidad. Ciertamente que los líderes fascistas, al igual que los nazis, pudieron contar en un principio con el apoyo de unos cuantos capitalistas, pero la gran mayoría de los industriales, así en Alemania como en Italia, eran liberales burgueses y no deseaban ni el fascismo ni el comunismo, sino un statu quo. Más, todavía, no debe olvidarse el doble hecho de que Mussolini es un antiguo socialista, y que los nazis forman dentro del Nacional-Socialismo. Los industriales pronto pudieron darse cuenta, tanto en Italia como en Alemania, de que bajo la dictadura habían perdido todas las garantías individuales y constitucionales, respecto a sus derechos de propiedad privada. La cosa a nadie debe sorprender, porque ningún derecho se mantiene en pie bajo la dictadura.

Por otra parte, es falso también que el comunismo signifique la dictadura de los trabajadores. Es una dictadura sobre las clases laborantes, instaurada por un grupo de políticos radicales que odian el trabajo. Efectivamente, el comunismo ruso no fue establecido por una espontánea irrupción de los trabajadores, sino mediante una conspiración en que los políticos hicieron suya la fuerza de un ejército de soldados desertores y de campesinos famélicos. La burocracia comunista va constituyendo cada día una nueva clase política que pesa abrumadoramente sobre la masa de los trabajadores rusos.

Nadie podrá instaurar la dictadura en una nación que cuenta con una tradición de puritanismo. Nuestro pueblo ha derivado sus enseñanzas de la opinión unánime de los grandes maestros de la política del mundo de habla inglesa: Locke, Burke, Jefferson, Jackson, Lincoln; y estima, por consiguiente, que la dictadura es una tiranía, y que las tiranías constituyen la peor forma de gobierno. Por lo demás, nuestro pueblo ha tenido ya la ocasión de ver cómo actúan las dictaduras, tanto en la Alemania nazi como en la Rusia comunista: campos de concentración, aprehensiones nocturnas, gentes condenadas sin prueba, y condenadas por tribunales revolucionarios, sin que se les deje siquiera la oportunidad de saber en qué consiste la acusación y quiénes son los acusadores; crueles e insólitas sanciones, terror, espionaje y favoritismo... Los comunistas debieran no olvidar que en este país existe una Carta Magna, redactada precisamente para prevenir las inevitables prácticas de las dictaduras. Si piensan que los norteamericanos no saben estimar su Constitución, que intenten arrebatárnosla... Observo, por lo demás, que los comunistas son los primeros en pedir protección, en cuanto alguien pretende estorbar su propaganda de ideas radicales.

Nuestra lucha en pos de las libertades constitucionales se remonta al siglo XIII. Es la herencia cultural de los pueblos de habla inglesa. Es nuestra aportación a la civilización moderna. Sin duda el liberalismo había muerto en Rusia, en Italia y en Alemania;—en realidad nunca en tales países llegó a vivir con fuerza. Y nadie debería olvidar que en el transcurso de los siglos XVIII y XIX, a través del mundo entero, siempre que los hombres han luchado por la libertad, las ideas por las cuales pugnaban, eran, justamente, las de los países de habla inglesa—el Gobierno parlamentario, el respeto a la ley, la Carta constitucional...

Es de una bárbara intransigencia afirmar que estos principios se limitan a defender los intereses de la clase capitalista, ya que existieron mucho antes de que hubiese capitalistas en el mundo, y son la expresión política de una filosofía de relaciones humanas que la historia ha opuesto siempre como la única barrera contra la tiranía, el estancamiento y el terror. Con estas ideas han venido al mundo todos los progresos modernos: industriales, científicos, pedagógicos. El liberalismo no morirá mientras los americanos sepan asumir su responsabilidad de hombres libres y sostener incólume la libertad de pensamiento.

II. EL COMUNISMO ESTA EN EL HORIZONTE

Por Earl Browder, secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos.

Hoy, que la vasta mayoría de nuestro pueblo no se ha puesto aún a considerar el origen y posibles consecuencias de este movimiento, fácil es,

como lo hace Mr. Martin, asegurar que los norteamericanos no quieren el comunismo ni el socialismo (esta última doctrina es, en realidad, lo que los comunistas proponen como siguiente etapa del desarrollo social). Los americanos desean actualmente cosas que ya el sistema capitalista no puede ni podrá darles, y su lucha por conseguir las les llevará finalmente al socialismo.

El Partido Comunista afirma que se trata actualmente de democracia contra fascismo, no de socialismo contra capitalismo, ni de comunismo contra fascismo. Los comunistas en América, y en todos los países en que las tradicionales instituciones democráticas se hallan en peligro por el advenimiento del fascismo, se hallan colocados completamente del lado de la democracia. Nunca hemos dicho que la democracia haya muerto; lo que sí afirmamos es que los altos círculos del capitalismo absorbente han decidido darle muerte. Señalamos aquí a Hearst, al mismo tiempo que la "Liberty League", claro ejemplo de tendencia fascista, cuya táctica ha sido adoptada por el Partido Republicano. Declaramos, enfáticamente, que los comunistas no abogan por la violencia. Por el contrario, siempre hemos afirmado los comunistas que la violencia proviene de los esfuerzos desesperados de una minoría de reaccionarios contra las masas populares. Los comunistas aceptamos que los "principios" de nuestra revolución provienen íntegramente de la declaración de Independencia de Tomás Jefferson y Tom Paine; y lo único que añadimos a esos principios es una mayor comprensión del papel de las clases sociales, de las fuerzas de producción y de los detalles de la sociedad moderna.

Los comunistas no abogamos por la dictadura de un partido. Pedimos una más amplia democracia; sufragio universal; elección directa de todos los gobiernos; igualdad representativa; libertad de pensamiento, de palabra, de prensa, de reunión; garantías plenas para el trabajo, para la educación y para el descanso.

El pueblo americano ha creado un poderoso sistema de fuerzas productivas, equiparable a casi todos los del resto del mundo, combinados. Pero las posibilidades de bienestar común que deberían ser inherentes a esta magnífica riqueza nacional, se ven negadas constantemente en la realidad y, periódicamente, todo el sistema cae en una crisis que causa enormes penalidades a decenas de millones. El pueblo americano tiene consciencia de este problema, y tiene consciencia de que el origen de él está en el acaparamiento de la propiedad privada y la absorción de nuestro sistema de producción por un reducido grupo de familias ricas: los acaparadores de Wall Street. El naciente movimiento de los Farmer Labor, por ejemplo, es un primer paso de las organizaciones populares para resistir a este supergobierno oligárquico, para recobrar el derecho a la vida propia y buscar así una solución al principal problema: hacer que el maquinismo venga a contribuir al bienestar de todos y no a su degradación.

Nosotros los comunistas creemos que la mayoría del pueblo llegará eventualmente a aceptar la

contención comunista; que la solución final del problema debe ser la propiedad social y el control de las fuentes de producción; esto es, que el nuevo orden social y económico, conocido con el nombre de socialismo, es una etapa transitoria entre el capitalismo y el comunismo. Este paso del capitalismo al socialismo es lo que se llama la revolución.

El cargo de que los comunistas claman por la violencia es sencillamente la repetición de una antigua calumnia. Los comunistas no piden la fuerza y la violencia, antes bien, quieren eliminarlas del mundo social. El Partido Comunista es un partido legal. Claro está que los comunistas no son pacifistas; creen en la necesidad de la lucha, siempre que sea para defender la democracia y la libertad.

No serán los comunistas quienes acepten el postulado de comunismo contra fascismo. No sólo, sino que rechazamos también el de socialismo contra capitalismo. Afirmamos que, en la actualidad, la tendencia dominante debe ser la defensa de la democracia contra las fuerzas de la reacción, el fascismo y la guerra. En estas circunstancias, los comunistas están sin reservas del lado de la democracia y piden la formación del frente popular para su defensa.

El pueblo norteamericano no se halla aún listo para el cambio decisivo del capitalismo al socialismo. Pero, a través de las necesarias organizaciones para defender sus medios de vida y sus derechos democráticos, bajo las condiciones de un sistema capitalista que cada día se encuentra en peor bancarrota y pierde más terreno, el pueblo americano, en un futuro ya próximo, no sólo sentirá la necesidad del socialismo, sino que llegará a encontrar la posibilidad de hacer efectiva su elección. Y, cuando la mayoría del pueblo americano quiera el socialismo, lo tendrá.

III. REFUTACION

Por Mr. Martin

El señor Browder dice que el comunismo no clama por la violencia. Pero Lenin dice, en su libro "El Estado y la Revolución": "La liberación de las clases oprimidas es imposible, no sólo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del poder del Estado. El Estado tendrá que ser reemplazado por una especial fuerza represiva del proletariado, tendiente a la supresión de la burguesía".

Marx había dicho: "Debe armarse inmediatamente al proletariado, con rifles, cañones y municiones". Centenares de textos semejantes podríamos citar, tomados de los líderes del comunismo. Trostki, en su "Historia de la Revolución Rusa", alardea del éxito que obtuvo al armar al proletariado en el "golpe de Estado" de marzo 25 de 1917.

La violencia es la condición natural de la dictadura comunista: ni Lenin ni Marx tratan de negarlo. Lo que hacen es culpar de esta efusión de sangre a las víctimas, que es como si un ladrón armado se entrase en nuestra casa, y nos dijese: "no; yo no quiero la matanza. Pero usted será responsable si me opone resistencia".

La aseveración de que los comunistas se hallan sinceramente del lado de la democracia es muy poco convincente, si se atiende al hecho de que los comunistas rusos ganaron el poder estableciendo un Gobierno, precisamente en el momento en que, mediante una convención electoral, debida al sufragio efectivo del pueblo ruso, se había llegado a una era constitucional y, además, también, precisamente cuando los candidatos comunistas habían sido derrotados en una proporción de seis a uno. Y, cosa aún más extraña: estos apasionados comunistas demócratas (!) están soportando hace 17 años la dictadura de Stalin, ¡en el único país en que el comunismo prevalece!...

Si se leen los escritos comunistas clásicos, por todas partes se encontrará la hostilidad hacia el Estado democrático burgués. La simulación de democracia por los comunistas es una táctica revolucionaria, enseñada por Marx y seguida por los comunistas, siempre que se encuentran necesitados del apoyo liberal. El plan consiste en aliarse temporalmente con los liberales, en contra de una exagerada amenaza del fascismo.

La Constitución de los Estados Unidos no es un producto revolucionario. La llamada "revolución americana" no fue una revolución social, sino una lucha por la independencia nacional. Y, prácticamente, cada estatuto de la Constitución puede encontrarse en las Constituciones de varios Estados de la Unión, muchos de los cuales existían ya, largo tiempo antes de la revolución americana.

También es falso que el comunismo represente a los trabajadores organizados de América. El trabajador americano no se siente como clase social, ni es revolucionario. Envía a sus hijos a las escuelas superiores, juntamente con los hijos de otros grupos sociales; tiene ambiciones burguesas, le encanta el cine burgués; quiere tener su hogar propio, y su automóvil propio—y millares de obreros satisfacen estos deseos. El obrero americano sabe sentir la patria. Y, libremente, votará—; unas veces por el New Deal y, otras, por la Ley Proteccionista de Tarifas.

Los americanos nunca han conocido los privilegios de herencia tradicionales que han prevalecido en otros países. Existen diferencias y aun conflictos. Empero, los americanos no aceptan la idea de clases.

Nunca he temido, menos que hoy, que el comunismo gane terreno en América. Pero confieso, en cambio, mis temores ante la propaganda comunista, pues tiende a dividir al pueblo, le lleva a los peores excesos y le obliga a tomar posiciones que, en los mejores casos, son solamente a medias verdaderas, siendo, por todo ello, causa de que las multitudes pierdan su buen juicio.